

prorrumpían en gritos atronadores de noble, desinteresada é inconsciente alegría.

Y el hálito ruidoso de la muchedumbre que llenaba el espacio, impidió oír un ruido sordo que venía de lo alto, y el afán de no perder ni un detalle de lo que pasaba por la tierra, les quitó de ver á dos nubes, una negra y otra rojiza, que de un lado y de otro venían cerrando el horizonte, traídas por contrarios vientos.

De pronto miraron todos al cielo con asombro. La nube opaca, semejante á una losa de mármol negro, había cubierto el sol, dejándoles en completas tinieblas, y enfrente la luna, livida, verdosa, contrahecho y alargado el rostro por satánica y callada sonrisa de venganza, brilló un momento, alentando y dirigiendo en su carrera de destrucción á la nube roja.

Este avanzó veloz á chocar con la otra nube, y brilló un relámpago horrible, deslumbrante, espantoso, y bajó á la tierra en zig-zag cierto un rayo asesino.

En los brazos de Ofelia cayó muerto Cristian.

Retumpó luego, siempre tardío en sus avisos, el cielo con potente trueno, y cual lágrimas de cocodrilo comenzaron á caer sobre la tierra gruesas gotas de lluvia, señal de gozo ó de arrepentimiento que el astro criminal derramaba, y otros rayos y otros truenos en sucesión infernal llenaron el espacio, coreados por los gritos de espanto que daba la muchedumbre medrosa y loca al derramarse huyendo por el llano.

Y confundidos y revueltos en la fuga, iban en vertiginosa carrera escuderos, nobles, esclavos, alconeros, soldados, pajes, sacerdotes, heraldos, músicos y príncipes, todos los que formaban el cortejo.

Y también, después de vacilar un momento, encogiéndose de hombros, al reconocerse impotente para luchar con el cielo, huyó el último de todos el padre de Ofelia, el rey.

* * *

En tanto, abandonada é inmóvil la carroza, sus doce corceles gigantes se arremolinaban caracoleando en torno, y lanzaban, enfurecidos por el miedo, relinchos que ponían espanto. Sola y olvidada Ofelia, trémula, desecha en lágrimas, de pié sobre la carroza, intentaba en vano, enloquecida en amante congoja, volver á Cristián la vida con el hálito puro, aunque ardiente, de sus palabras y sus besos.

Entonces el huracán rasgó un giron en las nubes, y por el boquete, la luna, su señora, asomó la faz livida, vertiendo un rayo verdo-

so, y vino á besar con lascivo y repugnante deseo el rostro del mancebo muerto.

Volvióse Ofelia airado y loca, y en su afán de huir, librando el tesoro precioso de su amor de aquel porfiado, torpe, cruel y criminal asedio, empuñó trémula, con la energía de un atleta, el látigo y el freno, y lanzó á la carrera por la cuenca de un valle los corceles, que partieron veloces, dejando atrás al huracán.

Pero fué todo en vano, porque el rayo de luna perseguía por do quiera á la carroza y la envolvía en su luz cárdena, con tenacidad infame, y bañaba el rostro aún caliente del caballero...

Entonces Ofelia, en el último grado de exaltación, dejando de regir los corceles, que redoblaron desbocados y sin guía, su correr, deshizo su tocado, arrancó en pedazos el velo blanco de depósada que á la mañana cuidadosamente se prendiera, y con su girones cubrió la cara al cadáver querido de Cristian.

Después, colocando en su falda aquella hermosa cabeza, que el velo la impedía ver, comenzó á palparla y á acariciar las bronceadas melenas con sus dedos de nieve, en tanto que de sus ojos, azules como el cielo, caía sobre ellas ardiente lluvia de lágrimas, que bajaba á empaparse en las gasas confundida con la lluvia del firmamento.

Y sucedió que obedeciendo, cual á un conjuro mágico, al deseo sentido con anhelo infinito por la desesperada princesa al calor de sus lágrimas se evaporaba la lluvia, y retenido el vapor en los girones del velo que flotaban al viento en la carrera, se fué formando una nubecilla trasparente al principio, y luego densa, pesada y opaca, y creciendo, creciendo, envolvió á la dama y al caballero, y creció luego más y más, como el dolor de que nacía, hasta ocultar por completo en su centro la carroza y librarla en absoluto de la luna y de sus insensatos rigores.

Y desde aquel día, en forma de protectora cubierta de gasas, húmeda como vapor de lágrimas quedó sobre la tierra la niebla, nube impalpable y blanquísima que se abate y arrastra por el suelo, ya precediendo, ya siguiendo á la carroza, que, lanzada en eterna carrera, sigue su vertiginosa marcha por encima de los lagos de hielo, por las riberas de los ríos y la cuenca de los torrentes.

Y allá va, allá va la princesa noruega, huyendo siempre al correr de sus incansables corceles, de la reina del cielo vengativa y poderosa, y procurando en sus celos ocultar con girones de niebla el tesoro que llevaba en su falda.